

**Poesía del Académico Correspondiente, D. Manuel de Sandoval Cástoli,
leída en la sesión extraordinaria de 8 de Noviembre de 1917.**

CISNEROS

Como brilla en su frente el sello augusto,
que sólo imprime Dios, y que convierte
la generosa aspiración del justo
en la invencible voluntad del fuerte,
no mira el bien como imposible anhelo
del alma soñadora y enfermiza,
sino cual don que nos concede el cielo,
y que con fe, perseverancia y celo
en la tierra se alcanza y se realiza.

Y la tierra cruzó con firme planta
y con resuelto andar, dejando en ella
el hondo surco y la imborrable huella
de su vida ejemplar, fecunda y santa.

Gigante entre gigantes, fué de aquella
raza heroica y viril, cuya memoria
nos prueba que hubo en nuestra Patria un día
en que no deliraba ni mentía
el que hablaba de triunfos y de gloria.

Resplandeció en la vida y en la Historia
con propia luz y con perenne brillo,
y fué, de ciencia y de virtud dechado,
fraile, eremita, inquisidor, prelado,
sabio, regente, apóstol y caudillo.

La potestad política y sagrada
pareció enaltecerse en su persona;

y dueño de esa fuerza incontrastada,
de ese poder recóndito que nada
revela, exterioriza ni pregona,
supo vencer sin esgrimir la espada
y reinar sin ceñirse la corona.

Vedle. Firme en su espíritu cristiano
de pobreza, humildad y sacrificio,
el austero Arzobispo Toledano,
debajo del ropón cardenalicio
lleva el burdo sayal del franciscano,
y debajo del hábito, el cilicio.

Aunque su cuerpo inmaterial e ingrave,
dijérase que por milagro vive,
como temiendo el golpe que le acabe
o el soplo que le abata y le derribe,
tal vigor del espíritu recibe,
que, sin que el peso de la edad le tuerza,
se yergue, duro como el roble, y vibra
lo mismo que el acero, pues su fuerza
está, más que en el músculo, en la fibra.

El pectoral pendiente de su cuello
brilla y reluce con temblor de llama,
como si fuera el vívido destello
de la hoguera interior en que se inflama;
y si se eleva al bendecir, piadosa,
o inexorable al condenar se crispa,
la piedra de su anillo es una chispa
en su mano afilada y sarmentosa.

La augusta calma del varón constante,
que en su frente y sus ojos reverbera,
templa y suaviza la expresión severa
y la esquiva adustez de su semblante;
pero no hay quien resista su mirada
cuando en ella encendiéndose fulmina

esa luz cegadora y repentina,
que convierte en relámpago la espada.

Su voz de apóstol, que a las almas llega
e irresistiblemente las invade,
tiene el tono atrayente que congrega
y el caluroso acento que persuade;
pero, cuando amonesta y cuando avisa,
suena cortante, imperativa, aguda,
y, sin que la disfrace la sonrisa,
brota en sus labios la verdad desnuda,
tan clara, categórica y precisa,
que no admite ni réplica ni duda.

—

Para él la dignidad no es arrogancia,
pompa el decoro, el cargo granjería,
falta de convicción la tolerancia,
ni exceso de violencia la energía.

Como el sumo poder no le enajena,
ni jamás la prudencia le abandona,
no le ciega el rencor cuando condena
ni le ablanda el temor cuando perdona;
y cual piloto que, al regir la nave,
muestra en la tempestad la faz serena,
sin vacilar ni en la ocasión más grave,
decide y no discute, porque sabe
que tiene que cumplirse lo que ordena;
pues se adiestró para ejercer el mando,
lejos del siglo y de su vano estruendo,
donde se enseña a obedecer callando
y se aprende a mandar obedeciendo.

—

Vive como un asceta o un mendigo,
mas no deja abatir la cruz alzada
que condujo a las Navas Don Rodrigo,
y que Mendoza enarboló en Granada.

Y, al velar por la gloria y el decoro
de su opulenta Catedral Primada,
sabe, cuándo derrama a manos llenas,
para ornarla y pulirla, su tesoro,
el genio descubrir como Mecenas
y como Augusto derrochar el oro.

Sabe mostrar, sin limite ni tasa,
celo implacable o caridad sublime;
prender la hoguera que el Corán abrasa,
mover la prensa que la Biblia imprime;
modelar con su espíritu y sus manos
de la naciente España los destinos;
reformular los conventos franciscanos,
bautizar a los moros granadinos,
someter a los nobles castellanos,
consolar a Colón en sus pesares,
admirar a Gonzalo en sus victorias,
erigir sobre sólidos sillares
la Escuela Complutense, cuyas glorias
harán rival del Tormes al Henares,
y lograr que el escudo ajedrezado,
emblema de su alcurnia y de su aliento,
temido en guerra como en paz honrado,
sobre el pendón arzobispal bordado,
en las torres de Orán tremole al viento.
